



“LA FIESTA COMO FACTOR DE SACRALIZACIÓN DE ESPACIOS URBANOS EN EL CUSCO”

Roberto Samanez Argumedo / Perú

El Cusco ocupa el mismo emplazamiento de las primitivas aldeas establecidas hace tres mil años en un valle interandino situado a 3,300 metros sobre el nivel del mar. Los incas se asentaron en ese lugar a partir del año 1.100 de nuestra era, creando una ciudad que se convertiría en el centro de un vasto universo y capital del Imperio del Tahuantinsuyu, que entre los siglos XV y XVI llegaría a incorporar territorios que en la actualidad pertenecen a seis países sudamericanos.

El centro de ese Imperio reconocido como el “ombbligo del mundo” no sólo cumplía funciones políticas y administrativas, era ante todo un espacio sagrado que reflejaba la compleja cosmovisión inca del universo. Ellos concebían que existía un mundo de arriba o residencia de las divinidades, un mundo del presente donde transcurría la vida de los hombres y un mundo subterráneo, que era el lugar de los muertos y de la fertilidad.

El mundo actual o de los hombres se dividía a su vez en la parte de arriba y la de abajo, el Hanan y el Hurin, las mitades en las que se sectorizaban las poblaciones andinas, separadas por dinastías y barrios. El espacio urbano se dividía además en otras categorías destinadas en el caso del Cusco a los incas conquistadores, a los representantes de los grupos étnicos sometidos y al grupo de personas dedicadas a labores administrativas y de servicio.

Los complejos conceptos mágico religiosos que fraccionaban las diferentes categorías del espacio y la sociedad incaica se idealizaban en líneas imaginarias, denominadas ceques, que saliendo del templo del sol enlazaban los

lugares sagrados, marcando referencias sociales y territoriales. Esos espacios se relacionaban con los ciclos del tiempo que dependían de los movimientos del sol y la luna.

Los incas creían que el sol se desplazaba durante el año entre dos extremos que le servían de tronos y su trayecto se dividía en las cuatro estaciones que determinaban el calendario. Las observaciones astronómicas y la interpretación de las constelaciones y los espacios interestelares, alimentaban ese imaginario mítico.

El Cusco sintetizaba todas esas concepciones y era el modelo para las otras ciudades que crearon los incas durante su expansión. Fue concebido con la silueta de un puma, cuya cabeza se situaba en Sacsayhuaman y siguiendo los principios de dualidad y oposición estaba dividido en dos mitades. Otra línea imaginaria que cruzaba la gran plaza ceremonial del *Haucaypata* de norte a sur, determinaba una cuatripartición simbólica que tenía correspondencia en los cuatro suyus o partes en las que se dividía el Tahuantinsuyu.

En una metrópoli como la descrita a grandes rasgos, las fiestas y las celebraciones se sucedían durante todo el año. Eran solemnes y multitudinarias, destacando el inti raimi en el mes de junio y el capac raimi en diciembre, ambas dedicadas al dios Sol. Las referencias recogidas por los cronistas del siglo XVI narran que las panacas reales o linajes descendientes de los incas recorrían la ciudad, llevando las momias de sus fundadores en literas, al tiempo que entonaban canciones y danzaban al son de instrumentos musicales. En las fiestas se evocaban las gestas de los antepasados y se brindaba ritualmente.

El lugar preferente de las fiestas era la gran plaza del *Haucaypata*, sitio que ocupa la plaza de armas de la ciudad colonial, que vendría después y que fue definida como: “*la plaza del Cuzco, de las fiestas, huelgas y borracheras*”¹ sin comprender que esas multitudinarias reuniones tenían carácter religioso y el consumo de la bebida fermentada de maíz, la *chicha*, era parte del ritual.

Tanto en el solsticio de verano como en el de invierno las celebraciones eran grandiosas según narra el Inca Garcilaso de la Vega al comentar que: “*nueve días duraba el celebrar la fiesta Raymi con la abundancia de comer y beber que se ha dicho y con la fiesta y regocijo que cada uno podía mostrar*”².

El calendario religioso de festividades era muy nutrido, ya sea para agradecer al sol por las cosechas agrícolas o para celebrar ritos de iniciación de los jóvenes. Por otra parte, al ser la capital imperial la sede principal del culto a las divinidades poseía numerosos santuarios en los que se celebraban también ceremonias y conmemoraciones festivas.

COLONIZACIÓN Y EVANGELIZACIÓN

Consumada la captura del inca Atahualpa en Cajamarca, en noviembre de 1533, los emisarios de Francisco Pizarro emprendieron la ardua marcha hacia el Cusco con el propósito de verificar el envío del rescate ofrecido por el inca prisionero. Le correspondió a Hernando de Soto tomar posesión de la ciudad en nombre del emperador Carlos V. Las tropas invasoras iniciaron al poco tiempo modificaciones en la ciudad para acomodarla a su concepción europea y casi medieval. Para ubicar sus construcciones representativas no vacilaron en derruir de manera sistemática las edificaciones pétreas de la ciudad preexistente.

Con el propósito de reafirmar su presencia y la ocupación de los territorios conquistados, en marzo de 1534 se llevó a cabo el ceremonial de lectura de las cédulas reales que designaban a Pizarro como Gobernador, Adelantado y Capitán General, procediendo después a la repartición de los solares a los vecinos españoles, formalizando de esa manera la fundación española del Cusco. Ese acto confirmó la decisión de transformarla en una ciudad cristiana y anular todo vestigio de creencias anteriores en los adoratorios y lugares sagrados de los incas. Como había sucedido en otros lugares de América, la evangelización y la conversión de los indios a la religión católica pasó a tener prioridad absoluta.

La corona española mantenía su espíritu de reconquista, exaltado con la expulsión de los moros tras siglos de

ocupación islámica. La evangelización en tierras americanas significaba para ella la continuación de esa cruzada de cristiandad. Los dictámenes del Concilio Ecuménico llevado a cabo durante largos 18 años en la ciudad de Trento, a mediados del siglo XVI, establecieron dogmas para la lucha contra el protestantismo, que reforzaron la política evangelizadora que España aplicó en América.

La Contrarreforma opuesta a la posición de Lutero, que había condenado el culto a las imágenes y la decoración de las iglesias, por considerarlas expresiones paganas, defendió y reforzó el culto a la virgen, los santos y los sacramentos. Después del Concilio de Trento las imágenes asumieron un carácter simbólico y más que su valor artístico interesaba su aceptación emotiva y poder de convencimiento.

La extirpación de idolatrías con todas sus medidas represivas para quienes seguían las antiguas prácticas rituales andinas, no consiguió desaparecer las manifestaciones de los cultos ancestrales. Los indígenas asimilaron las formas de la doctrina católica, escondiendo sus verdaderas creencias en interpretaciones sesgadas del evangelio. Los símbolos religiosos y las imágenes de culto, aun siendo dedicadas a las mismas advocaciones, acabaron teniendo un significado distinto para el español y para el indígena.

En el contexto descrito la liturgia de la Iglesia y los actos exteriores de culto religioso fueron promovidos como formas de asimilación de la doctrina católica. Las fiestas religiosas constituyeron una forma de acercar a los indígenas al catolicismo y su impacto y atractivo como oportunidad de regocijo público contribuía a la paz social. Indudablemente esas manifestaciones transmitían conceptos para afirmar los poderes de Dios y de la iglesia y la condición de inferioridad y sumisión que debían aceptar las castas indígenas y mestizas.

Desde los primeros años de la dominación española la fiesta continuó siendo parte de la vida de la ciudad. Los relatos históricos hacen referencia a las procesiones solemnes con adornos en las calles, colgaduras y tapicerías en los balcones, seguidas de un numeroso acompañamiento. Las autoridades religiosas entendieron desde muy temprano que los indígenas tenían especial afición por las festividades públicas, tan frecuentes en la época prehispánica y las emplearon como medio de adoctrinamiento.

La efectividad de ese medio de catequesis multiplicó los festejos que no solamente fueron religiosos. Las fiestas en honor al rey o el recibimiento de un nuevo virrey y de otros dignatarios, se aprovechaban para recalcar el dominio y supremacía de las autoridades y encomenderos españoles.

En los frecuentes desfiles y procesiones la participación era masiva y nadie deseaba ser excluido a pesar de que estos actos reproducían el orden social establecido,



Dibujo de cronista indígena Guamán Poma de Ayala (1615) mostrando el traslado de las momias por las calles del Cusco, durante el festejo a los muertos en el mes de noviembre de cada año.



Uno de los lienzos de la serie del Corpus Christi de la parroquia de Santa Ana en el Cusco, pintados entre 1675 a 1680. Muestra a un curaca indígena descendiente de las panacas reales, delante de la imagen de Santiago.

con toda su oprobiosa discriminación. Durante el siglo XVII los curacas descendientes de la nobleza incaica reafirmaron su presencia en los actos públicos, participando en las fiestas como incas ataviados con sus distintivos ancestrales. La corona española había reconocido su liderazgo como representantes de los *ayllus* asignándoles la tarea de cobrar los tributos y distribuir el trabajo entre los indígenas, lo cual les permitió adquirir una paulatina presencia pública.

De ese período son los extraordinarios lienzos mandados a pintar por los descendientes de la nobleza inca en los que aparecen los caciques con escudos nobiliarios y con atributos propios de los reyes incas. Destacan los lienzos de la Procesión del Corpus Christi en el Cusco fechados entre 1675 a 1680, que muestran idealizada esa fiesta cristiana. Como era usual esos personajes ataviados con vestidos de nobles incas combinados con prendas españolas, van delante de imaginarias carrozas de la Virgen de la Candelaria, San Cristóbal, Santiago, San Sebastián y San Blas, las parroquias de indios que circundaban la ciudad.

LOS GREMIOS Y COFRADÍAS PROMOTORES DE LAS FIESTAS

En los barrios periféricos que existían en la ciudad incaica, separados del centro por campos de cultivo, se habían establecido representantes de las diferentes etnias que comprendía el imperio inca. Se diferenciaban no sólo por su procedencia, indumentaria y costumbres, sino también por sus actividades y oficios. Con la ocupación española del Cusco se trajo la costumbre medieval de juntar las profesiones en hermandades, gremios y cofradías religiosas agrupadas en torno a un santo patrón vinculado al oficio.

Ese sistema organizativo se generalizó entre los españoles y los indígenas, gracias a la ayuda mutua que brindaba y a la organización laboral que beneficiaba a quienes se iniciaban en los oficios. Con el transcurso del tiempo los gremios adquirieron importancia debido a que tenían sus propias capillas y altares en las iglesias. Eran activos participantes en las procesiones y eran quienes preparaban los altares portátiles para las fiestas.

Los artesanos se agrupaban en sectores y barrios determinados de la ciudad, estableciendo sus talleres en áreas que reunían corporaciones gremiales dedicadas al mismo oficio. Esa práctica aceptada por los españoles era coincidente con las tradiciones indígenas prehispánicas que agrupaban a personas provenientes del mismo *ayllu*, que por lo general se dedicaban a trabajos especializados compartidos por todo el grupo social.

Un número interminable de cofradías gremiales jugaba un papel decisivo en la organización de las fiestas religiosas y profanas. Existían gremios de carpinteros, pintores, alfareros y loceros, plateros y batihojas, albañiles y muchos otros más dedicados al abastecimiento y comercialización de productos alimenticios. La cofradía constituía el nexo social que permitía la participación de esos artesanos en la intensa vida social y religiosa de la ciudad. No sólo se preparaban activamente para las fiestas mayores de Corpus Christi y Semana Santa, participaban, además, de procesiones, novenarios, misas, construcción de altares en las vías públicas y túmulos funerarios conmemorativos.

Las parroquias de la ciudad encontraban en las cofradías a sus mejores colaboradores para el mantenimiento y ornato de sus iglesias y estos competían para destacar en las fiestas religiosas. Gremios como los de escribanos, pintores y doradores resaltaban por la calidad de sus altares y arcos triunfales, despertando la admiración de las otras hermandades.

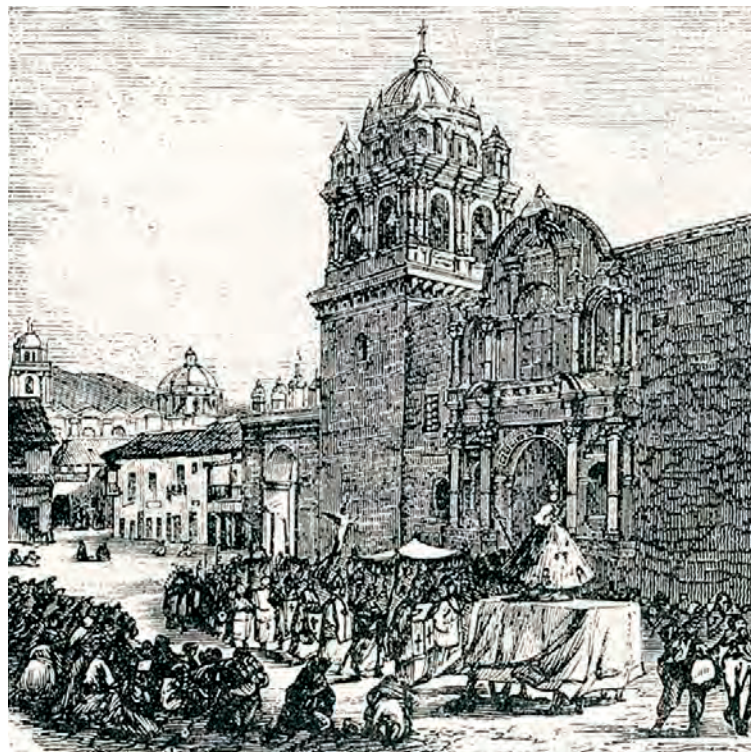
Entre mediados del siglo XVII y hasta las primeras décadas del siglo XVIII los gremios llegaron a constituir una verdadera organización vecinal, que hizo vivir a la ciudad su época de mayor pompa y esplendor. Quedan en el Cusco actual los nombres de las calles coloniales donde esas hermandades se agrupaban, como las de Plateros, Procuradores, Espaderos, Mantas y Tocuyeros. Los antiguos portales de la Plaza de Armas, que han cambiado sus funciones a través del tiempo, mantienen sus nombres que recuerdan oficios y especialidades como Carrizos, Panes, Confituría o Carnes³.

LA CIUDAD BARROCA

La sociedad descrita en páginas anteriores gravitaba en torno a las actividades religiosas, dando cabida a numerosos artistas y artesanos dedicados a producir obras de arte destinadas al culto. Los maestros plateros eran los de mayor prestigio, seguidos de pintores, tallistas y doradores. La jerarquía eclesiástica estaba siempre atenta a los cambios estilísticos y a los nuevos modos de concebir el arte y la arquitectura en la metrópoli española. Contaba con recursos suficientes para cubrir los costos de ensambladores de retablos y escultores venidos de España que, por lo general, eran también entendidos en hacer las trazas de portadas y edificios.

Uno de esos artistas destacados fue Martín de Torres, quien se estableció en el Cusco dos décadas antes del terremoto que asoló la ciudad en 1650 y marcó el cambio de su arquitectura. Torres fue autor de varios retablos y portadas que demuestran su maestría en el manejo de

Procesión de la Virgen acompañada del Obispo bajo palio, pasando por delante de la iglesia y convento de La Merced en el Cusco. Dibujo de la obra de E. George Squier, 1863.



La iglesia de La Merced con la portada lateral construida por Martín de Torres en torno al primer tercio del siglo XVII. La parte superior de la portada es una capilla abierta hacia la plaza, para la catequesis de los indígenas.



las proporciones y los órdenes arquitectónicos todavía renacentistas. Al diseñar y construir la portada lateral de la iglesia de La Merced con frente a la plaza del Regocijo, cumple con el encargo de crear en la parte superior una capilla abierta para la catequesis al aire libre.

Influido por el nuevo estilo que se ensayó por primera vez en la portada de la Catedral, Torres hace su composición con columnas exentas, aplicando su experiencia de retablista habituado en labrar la madera, para introducir tallas en los fustes de las mismas, introduciendo una expresión de gran riqueza y lucimiento, que tendrá acogida en la ciudad. Después de 1650 se construye el claustro principal del convento de La Merced, considerado como una de las más logradas composiciones del barroco americano y aunque no se conoce a su autor se atribuye a Martín de Torres, quien fue sin duda el introductor del estilo barroco en la arquitectura cusqueña.

A partir de 1651, apenas un año después del sismo se inició la construcción de la nueva iglesia de la Compañía de Jesús que se edificó en diecisiete años, comprendiendo un magnífico conjunto compuesto por la iglesia, las capillas de Indios y la Penitenciaría y el Colegio Jesuítico. Tanto la portada de grandes proporciones compuesta de tres cuerpos, como la fachada del Colegio Jesuítico, situada a un costado, presentan una profusión de elementos decorativos labrados en piedra, con representaciones antropomorfas y vegetales con la abundancia característica del barroco.

En ambos casos los jesuitas exteriorizan hacia la Plaza de Armas una escenografía mural destinada a sacralizar el espacio. Esas fachadas retablo trasladan el culto hacia fuera. Son imágenes arquitectónicas de gran expresividad gracias a su profusa composición a base de cornisas, columnas y hornacinas dispuestas en diferentes cuerpos y calles que responden a una intención escenográfica y festiva.

El éxito de la solución ensayada por los jesuitas fue recogido por el obispo Manuel de Mollinedo y Angulo, quien se hizo cargo de la diócesis del Cusco durante veintiséis años, a partir de 1673. Provenía de la corte de Madrid y estaba al corriente de los gustos de la época, por lo que se identificó plenamente con la tendencia barroca. Una serie de iglesias cusqueñas de planta en forma de cruz latina cubiertas con bóvedas, que siguen el modelo de la Compañía de Jesús, fueron construidas por mandato del obispo. Las de San Pedro, Belén y San Sebastián, además de colegios de formación sacerdotal y conventos de órdenes religiosas, se construyeron bajo su impulso.

LA FORMA DE LA CIUDAD Y EL CEREMONIAL CATÓLICO

El Cusco de los incas, asentado en el cruce de los caminos que conducían a las cuatro partes del imperio, estaba constituido por una zona urbana en la que se distinguía un sector central destinado a las funciones políticas o religiosas de la capital. Estaba rodeado por un cinturón de aislamiento y área verde que la separaba de la periferia, donde se asentaban los barrios.

Esa parte central o núcleo básico se desarrollaba alrededor de la gran plaza principal hasta donde llegaba la trama urbana ortogonal de calles estrechas. Funcionaba en ese sector el centro nobiliario que reflejaba el poder y la riqueza del imperio. Reunía las funciones de administración política, sede religiosa y residencia de la nobleza incaica. Su forma rectangular estaba delimitada por los ríos Saphi y Tullumayo que convergen para formar el río Huatanay. Más allá de esos cauces estaban los campos de cultivo y terrazas agrícolas que separaban el centro de los barrios periféricos ubicados en la vertiente sudoeste del valle.

La ocupación española a partir de 1533 se hizo preferentemente en el sector central y la paulatina urbanización de la ciudad ocupó las áreas de cultivo del cinturón de aislamiento, a lo largo del camino del Cuntisuyu, avanzando hacia el sudoeste. Desde el siglo XVI se produce un cambio en la organización espacial de la ciudad con la destrucción de templos y palacios incaicos para ser sustituidos por edificaciones religiosas cristianas, dentro del proceso de dominación y catequesis. Se buscó adecuar la antigua ciudad a los conceptos urbanísticos a los que estaban habituados los españoles. Es significativo el caso de la gran plaza ceremonial incaica, cuya extensión de casi siete hectáreas no era aceptable para el criterio urbano europeo. Fue subdividida en tres plazas destinando la de mayor tamaño a las actividades religiosas y las otras a las cívicas y representativas del poder civil.

A diferencia de la ciudad incaica que se desarrollaba siguiendo el sentido de los cauces de los ríos que discurren de noroeste hacia el sureste, el eje de la ciudad colonial al expandirse en el siglo XVII siguió una orientación transversal al anterior. No fue un desarrollo espontáneo ni casual, puesto que fue articulando una especie de calle mayor que se abre a través de plazas y calles de diferentes nombres, donde se fueron ubicando las iglesias de las parroquias y conventos. Se creó con esa secuencia de hitos simbólicos una vía ceremonial de trascendental

importancia para las fiestas religiosas, las procesiones y las celebraciones de la ciudad.

La continuidad espacial que se inicia en la parroquia de San Blas pasando por las calles Hatunrumiyoc y Triunfo hasta llegar a la Plaza de Armas, por delante de la iglesia de la Compañía de Jesús, continúa por las calles Mantas y Marqués, la plaza de San Francisco y la calle Santa Clara, para terminar en la iglesia de San Pedro es, sin duda, una de las mayores articulaciones urbanas de carácter ceremonial en el continente americano.



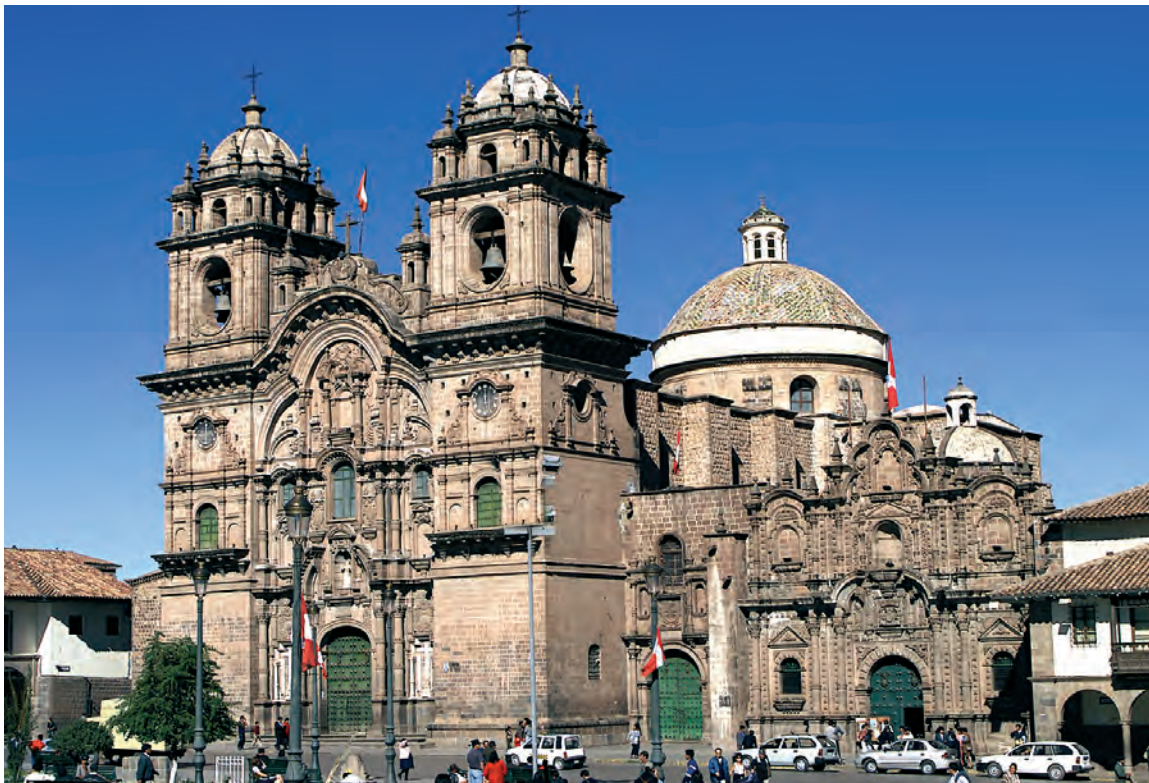
Perspectiva del eje procesional y la articulación urbana de carácter ceremonial desde la Plaza de Armas. Se aprecian las torres de la Compañía, La Merced y más lejos Santa Clara y San Pedro.



Vista del conjunto del área central del Cusco, en primer plano se ven las bóvedas de la Catedral y a la izquierda la Compañía de Jesús, delante de la cual se extiende el eje procesional.



Acuarela mostrando el paso de la procesión del Corpus Christi delante de la iglesia de la Compañía de Jesús.
Obra del artista Francisco González Gamarra, 1930.



La iglesia de la Compañía de Jesús y el Colegio Jesuítico, obra de la segunda mitad del siglo XVII. Destacan las imponentes fachadas, retablo.

Acuarela de Francisco González Gamarra pintada en 1930. Representa la procesión del Corpus Christi pasando delante de la iglesia de Santa Clara.



La iglesia de Santa Clara y al fondo la parroquia de San Pedro, que sirve de telón de fondo a través de la vía procesional.



NOTAS

- ¹ Gonzales Holguín, 1989.
- ² Garcilaso de la Vega, 1959, Tomo II, Libro Sexto, Cap. XXIII. Lima.
- ³ Viñuales, 2004, pp 37 y 38.

BIBLIOGRAFÍA

- ESQUIVEL Y NAVIA, D. DE, *Anales del Cusco, 1600-1750*. Lima, 1901.
- Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco. II vols. Fundación Augusto N. Wiese, 1980.
- FLORES OCHOA, J.; KUON ARCE, E.; SAMANEZ ARGUMEDO, R., *Pintura mural en el sur andino*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Banco de Crédito del Perú. Lima. 1993.
- FLORES OCHOA, J.; KUON ARCE, E.; SAMANEZ ARGUMEDO, R., *Queros, Arte Inka en vasos ceremoniales*. Colección Arte y Tesoros del Perú, Banco de Crédito del Perú. Lima, 2000.
- GARCILASO DE LA VEGA, INCA, *Los Comentarios Reales de los Incas, 1609*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1989.
- GISBERT, T. Y MESA, J. DE, *Arquitectura andina 1530-1830. Historia y análisis*. Colección Arzáns de Orsúa y Vela. Embajada de España 1972. La Paz. 1985.
- GONZALES HOLGUÍN, D., *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamado Lengua Quichua o del Inca, 1609*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1989.
- MESA, J. DE Y GISBERT, T., *Historia de la Pintura Cusqueña*. 2 vols. Fundación Augusto N. Wiese. Lima. 1982.
- La escultura en Cusco. En: *Escultura en el Perú*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Banco de Crédito del Perú. Lima. 1991.
- MUJICA PINILLA, R.; DUVIOLS, P.; GISBERT, T.; SAMANEZ ARGUMEDO, R.; GARCÍA SÁIZ, M., *El Barroco Peruano*. Colección Arte y Tesoros del Perú. Banco de Crédito del Perú. Lima. 2002.
- VIÑUALES, G. M., *El Espacio Urbano en el Cusco Colonial: uso y organización de las estructuras simbólicas*. Epígrafe Editores S.A. Lima, 2004.